

## HILEKO GAIA / TEMA DEL MES

# VÍNCULO, COMUNIDAD Y POLÍTICAS DE JUVENTUD: LA BÚSQUEDA DE PANDORA

**Por Unai Amezaga Albizu.**

**Sociólogo de formación. Técnico de  
Intervención Comunitaria en el ámbito de  
Juventud de profesión.**



Uno de los campos de desarrollo profesional de la sociología de la juventud tiene que ver con el conjunto de políticas públicas dirigidas a este amplio segmento de la población, tanto desde una perspectiva sectorial (cuando se pone el foco en lo que es propio y específico del trabajo con y para las personas jóvenes) como transversal (cuando nos ocupamos de los puntos de intersección entre “lo joven” y otras políticas sectoriales como las de vivienda, empleo, servicios sociales, etc.)

Así, hablamos de políticas de juventud al referirnos a un conjunto ordenado y estructurado de actuaciones públicas que, coordinadas entre sí, ponen en el centro a las personas que no han completado las principales transiciones que caracterizan el proceso de aproximación hacia eso que conocemos como la “vida adulta”: la transición económica (proveerse de los propios medios económicos), la transición domiciliar (proveerse de un techo) y la transición a la ciudadanía política y civil (adquisición plena de derechos), entre otras transiciones. Estamos hablando de niños, niñas, adolescentes y personas jóvenes a las que las políticas de juventud han de acompañar a lo largo de ese siempre largo y a menudo errático proceso de varias décadas, activando todo el repertorio de recursos de los que sea posible disponer de acuerdo con el desigual grado de compromiso de los poderes públicos con la juventud de su tiempo.

En esa tarea, los y las profesionales de juventud queremos presentarnos ante sus ojos como compañeras de viaje que aspiramos a tener un impacto positivo en sus trayectorias vitales. La naturaleza y forma de este impacto, obviamente, será muy distinta según nos encontremos trabajando en el ámbito de la infancia, de la adolescencia o de la llamada juventud adulta. Las necesidades son distintas, también lo son los recursos y dispositivos desde los que trabajamos o las figuras profesionales implicadas en cada caso. En el trabajo con adolescentes, por ejemplo, esa labor de acompañamiento perseguirá, entre otros objetivos, ofrecerles referentes adultos positivos o facilitarles herramientas útiles para experimentar con el riesgo. En el caso del trabajo con jóvenes, sin embargo, el impacto tiene más que ver con el intento de generar marcos de oportunidad para el despliegue de sus conocimientos, su formación o sus pasiones, conectándoles, para ello,



con todo el capital social y los recursos con los que trabajamos en virtud de nuestra posición como profesionales del trabajo comunitario. En ambos casos debemos construir una relación lo más alejada posible de lo mecánico, lo formal o lo estándar. Debemos construir, en cada caso, una relación única, un vínculo.

Tanto en lo personal como en lo profesional siempre me ha interesado el concepto de vínculo. Empezar con un vínculo siempre es empezar bien. Se trata de una materia sobradamente estudiada por las ciencias sociales. De manera directa o indirecta, la cuestión del vínculo social ha estado presente ya desde los inicios del pensamiento sociológico, entre aquellos que en mis tiempos de estudiante de sociología denominábamos con cierta intriga "los clásicos". Así, se puede intuir la relevancia del concepto en el trabajo de Tönnies sobre comunidad y sociedad (*Gemeinschaft und Gesellschaft*, 1887); en el de Durkheim sobre solidaridad mecánica y orgánica (*La división del trabajo social*, 1893) También cuando distinguimos entre relaciones primarias y relaciones secundarias el factor del vínculo está presente.

Se trata de una idea estimulante e inspiradora. La industria del cine siempre se ha sentido fuertemente atraída por ella. Llevar el vínculo a la pantalla vende. Prueba de ello son algunos de los éxitos de taquilla de las últimas décadas como *Bailando con Lobos* (1990) o *El último samurái* (2003) Ambas películas nos hablan del vínculo y la comunidad a través de un relato de profundas relaciones de amistad entre personas que pertenecen a mundos distintos. Pero el relato de cómo va construyéndose esa relación de afecto no deja de ser un simple recurso narrativo, una metáfora de algo mucho más grande. Porque el vínculo creado supera el marco de las simples relaciones entre individuos concretos y nos eleva por encima de la amistad entre John Dunbar y Pájaro Guía o Nathan Algren y Katsumoto, para conectar a través de ella con todo un universo de significados e interconexiones que llegan a implicar de manera muy potente a quien lo experimenta, vinculándolo a algo más que individuos de carne y hueso. El vínculo nos hace sentirnos parte de algo.

Probablemente la versión de vínculo que mejor expresa el significado que deseo atribuir al concepto la tenemos en *Avatar* (2009), el taquillazo de James Cameron. La manera en que todos los seres vivos de Pandora viven vinculados entre sí es, sin duda alguna, una fuente inagotable de inspiración para cualquiera que observe con curiosidad todo lo social. La conexión entre los Na'vi con todo lo que les rodea y su Árbol Madre se produce con especial fuerza cuando entrelazan sus largas coletas (que son realmente una especie de conexiones neuronales) con los Ikran y echan a volar. Ese es el momento del vínculo. A partir de ahí todo es posible. Sin él, parece que nada lo es. De hecho, es ese vínculo, precisamente, lo que acaba salvándoles como comunidad, no sin antes dejar muchas vidas por el camino. Curiosa paradoja.

El extranjero que se acerca a una comunidad desconocida para acabar vinculándose y comprometiéndose con ella (y ella con él) es un viejo tópico del cine. La manera en la que este tipo de historias conectan con el público no es casual. El cine es un buen marco de representaciones sociales. En el fondo ansiamos y necesitamos esa comunidad.



Saber cómo se produce el vínculo y como ello cohesiona una comunidad es fundamental para poder intervenir en ella con intención transformadora, del mismo modo que lo es conocer cómo y por qué sucede la desvinculación o la ausencia de cohesión social, eso que algunos llaman individualismo.

Alejándonos un poco de la ficción y tratando de profundizar en el significado del vínculo social, traigo aquí la idea de vínculo que recoge el sociólogo francés Serge Paugam y que he recuperado preparando este breve texto. Plantea Paugam que todo vínculo es enmarcable en dos dimensiones, la de protección y la de reconocimiento (Revista Papers, Protección y reconocimiento. Por una sociología de los vínculos sociales, 2012) y que todo vínculo social, para operar como tal, debe ofrecer ambas al mismo tiempo. Las expresiones "contar con" y "contar para" vendrían a recoger bastante bien, según el autor, el significado de ambas dimensiones del concepto. Cuando estamos necesitados de apoyo o ayuda es bueno saber que contamos con alguien (protección). Al mismo tiempo, necesitamos contar para los demás, que nos consideren, que nos pregunten y sentirnos protagonistas (reconocimiento) De esto va el vínculo.

Vincular es vital en el trabajo con infancia, adolescencia y juventud. Tal vez el trabajo con adolescentes resulte especialmente paradigmático. Durante la adolescencia el vínculo más valorado es el que se produce con el grupo de pares, con la cuadrilla. Recuerdo escuchar a Eusebio Megías (Ex Director General del Plan Nacional Sobre Drogas de España) que en determinados momentos de la adolescencia la primera relación sexual se tiene con la pareja elegida, pero el orgasmo se tiene con la cuadrilla. Tal es la potencia de ese vínculo. Pues bien, en el trabajo con adolescentes es especialmente cierto aquello de que a partir del vínculo todo es posible y sin él nada lo es. Trabajar con adolescentes supone vincularse con ellos y ellas, situarse en su mismo plano, interesarse genuinamente por sus cosas, hacerles saber que puede contar con y que cuenta para nosotros y nosotras, tener una presencia significativa en sus vidas. Sin eso, hay poco que hacer. No escucharán, ni nos contarán cómo están, ni se interesarán por nada que les ofrezcamos. Pero si logramos que vinculen se abre todo un mundo de posibilidades de impactar positivamente en sus itinerarios vitales. Lo bueno, además, es que el impacto será mutuo.

Este sencillo marco de acción consistente en construir el vínculo para, posteriormente, actuar desde él es fácilmente transportable a ámbitos habituales en las políticas de juventud como la participación, el emprendimiento, la inclusión, las relaciones afectivo-sexuales, la creatividad, la innovación social, la producción cultural, la prevención, el ocio educativo o el asociacionismo. El tipo de relación que queremos establecer con las personas con las que trabajamos es parte del producto que tenemos para ofrecerles.

Cuando en el marco de las actuaciones públicas, en nuestros servicios o programas para niños, niñas, adolescentes y jóvenes nos vinculamos tanto con ellas como con el resto de agentes del tejido social, económico o institucional con el que trabajamos, además de forjar relaciones personales que pueden perdurar en el tiempo, estamos tejiendo comunidad. Sugiero que quienes tenemos alguna responsabilidad en el diseño y puesta en marcha de las políticas públicas, especialmente en el ámbito de lo social, debemos entender que es esta acción conectiva, precisamente, el principal eje en torno al que hemos de estructurar nuestro quehacer profesional.



Sólo el refuerzo del vínculo comunitario nos va a permitir afrontar muchos de los viejos y nuevos retos colectivos de nuestro tiempo, vengan en forma de desigualdades sociales, catástrofe nuclear o medioambiental o de virus nanométrico. Desde ese vínculo todo es posible, sin él nada lo es.